

Globethics Repository



República Dominicana [Dominican Republic]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository.
More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Catrain, Pedro
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-07-12 07:53:11
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/220928

República Dominicana: crisis de las alternativas

Catrain, Pedro

Pedro Catrain: Abogado y politólogo dominicano, doctor en derecho (Universidad Autónoma de Santo Domingo, 1971), posgrado en Sociología e Investigación Social, Roma, 1974, maestría en Ciencias Políticas, Flacso, México, 1980. Profesor universitario. Autor del libro *Estado y crisis política* (1980).

«El despertar tiene su encanto cuando remite a un futuro por conquistar. Hace veinte, treinta años, denunciábamos el inmovilismo del orden establecido, porque vislumbrábamos una alternativa. Cuando la imagen de futuro se diluye, lo nuevo deviene una amenaza de lo existente. El mismo presente pierde su perfil y se disgrega, gris en gris». Norbert Lechner

El triunfo de Joaquín Balaguer, candidato del Partido Reformista Social Cristiano en las elecciones de mayo de 1986, constituye un momento relevante para situar y analizar la crisis actual del sistema político dominicano.

En esta ocasión, el presidente Balaguer asume el poder por quinta vez, ahora abati-do por su avanzada edad y sus graves problemas de salud¹.

En plena época reaganiana, donde reina el culto a las formas como elemento de fascinación que garantiza el espectáculo de la política, Balaguer se presenta ante el electorado dominicano desprovisto de seducción y no ofrece ninguna garantía de futuro; por el contrario, su legitimación reside en la reiteración del pasado.

La victoria del Partido Reformista Social Cristiano y de su líder en las elecciones de mayo de 1986, hay que analizarlas en función de la crisis de alternancia del sistema de partidos políticos y, fundamentalmente, de las repercusiones que se derivan del fracaso de los dos últimos gobiernos del Partido Revolucionario Dominicano (1978-82, 1982-86).

El PRD, que se había constituido en la principal expectativa de la sociedad dominicana para lograr un cambio político y económico, al llegar al poder en 1978 terminó

¹Dos días antes de las elecciones, el presidente se refirió en un programa de televisión a sus problemas de la visión, afirmando: «A veces yo no veo nada, otras veces veo bultos negros, y a veces veo algo». Recientemente ha publicado un libro de poemas titulado *La Venda Transparente*, donde se refiere a la tragedia de la ceguera total que se avecina.

profundizando el desencanto y la desilusión, a través de una degradación de la vida pública y de la democracia dominicana. Esta situación determinó un desplazamiento en la conciencia colectiva de la sociedad. Lo nuevo súbitamente se hizo viejo, y la criticidad histórica de la oposición se diluyó detrás de la razón de Estado del nuevo gobierno.

De ahí que sea importante, metodológicamente, situar la determinación que ha tenido el Partido Revolucionario Dominicano dentro del sistema político, para captar la complejidad y contradictoriedad de las transformaciones actuales del proceso político.

La emergencia del pueblo dominicano como sujeto político, después de la caída de la dictadura de Trujillo, en el inicio de los años 60, se encuentra articulada a la presencia del Partido Revolucionario Dominicano, el cual se convierte en la primera y principal organización política con que las grandes masas populares se abren paso en la vida pública dominicana. Esta organización ha sido fundamentalmente un partido popular, pero no un partido democrático. Su relación con las clases populares ha estado históricamente mediatizada por los distintos liderazgos carismáticos y plesbicitarios que se han constituido, deteniendo y excluyendo la participación popular de los procesos de toma de decisión en el interior del partido.

El PRD desarrolla y expande su hegemonía política al movilizar a la sociedad contra el régimen autoritario de los «doce años» del presidente Balaguer (1966-78), convirtiéndose de este modo en la principal fuerza de oposición, que sintetizó y canalizó una gran variedad de demandas políticas y sociales. Aliado a la social democracia internacional desde 1973, se articula a los grupos económicos locales que propiciaban una apertura política. Este abanico de relaciones le confiere una amplia legitimidad para propiciar el recambio político del gobierno del presidente Balaguer y el proceso de transición democrática en 1978.

La lógica tradicional de contrarios que caracterizaba al sistema político dominicano, marcada por las diferencias entre el Partido Revolucionario Social Cristiano y el Partido Revolucionario Dominicano, con el paso de oposición a gobierno de éste último se transforma y se diluye, dando lugar a un proceso de homogenización de la política.

El autoritarismo, la corrupción, la violación de los derechos humanos, el clientelismo, la personalización, la real politik y la exclusión de las bases de los procesos de tomas de decisiones, aunque con modalidades diferentes, constituyen elementos si-

milares a través de los cuales se puede analizar la crisis de los dos partidos más importantes del sistema político dominicano en los últimos 25 años.

Este proceso de homogenización de la política dominicana no ha tenido como contrapartida la emergencia de nuevos sujetos; por el contrario; los partidos políticos y los liderazgos tradicionales se reafirman de forma vertical, conformando un sistema político caracterizado por los pactos entre las cúspides dirigentes, que perpetúan el ordenamiento jurídico existente para reafirmar la centralización y así garantizar la exclusión de las clases populares. De este modo, cualquier posibilidad de reforma política queda obstruida. Nadie quiere transformar lo existente para, cuando le toque la hora de llegar al gobierno, gozar de una fuerte concentración del poder en manos del Ejecutivo.

Ocaso de partidos y liderazgos tradicionales

La coyuntura política que se desarrolla a partir del proceso electoral de 1986 revela una acumulación de factores que ponen en crisis la lógica de construcción y articulación de la hegemonía política de los partidos y los liderazgos tradicionales, que han pautado la sociedad dominicana en los últimos años.

La primera lógica, la del Partido Revolucionario Dominicano, comienza a resquebrajarse con la crisis del gobierno del ex-presidente Salvador Jorge Blanco (1982-86), al profundizarse el proceso de degradación de la política, que produjo fuertes repercusiones dentro del partido oficial.

En este período, en lugar de un fortalecimiento de la democracia, se experimenta un profundo deterioro de las instituciones políticas, la ciudadanización de la sociedad se atenúa, la función de mediación de los partidos políticos va desapareciendo, ante la vigencia de un sistema de relaciones verticales que reafirma los liderazgos tradicionales.

El gobierno del ex-presidente Jorge Blanco, que había surgido como el resultado de un abanico de aspiraciones de cambio y modernización de la sociedad dominicana², terminó en un proyecto de ciudadanización en el que, paradójicamente, el propio presidente era el único que se llamaba a sí mismo «ciudadano».

²En las elecciones de 1982 Jorge Blanco resultó ganador abrumadoramente, obteniendo el 46,7 por ciento de los votos.

Este nuevo gobierno del Partido Revolucionario Dominicano, que se había constituido como una posibilidad de superación del patrimonialismo y el nepotismo del ex-presidente Antonio Guzmán (también llevado al poder por el propio Partido Revolucionario Dominicano en 1978), conformó un anillo de poder integrado por un grupo de burócratas, que distaban mucho de llegar a formar una clase política en el sentido weberiano, ya que sus rasgos más evidentes fueron la pasión, el antagonismo y la voracidad frente a los recursos del Estado.

La democratización de la sociedad fue bloqueada. Las clases populares fueron expulsadas del espacio político que habían conquistado como resultado de toda una tradición de luchas libertarias y democráticas, muchas de estas conquistas - incluso - alcanzadas por la propia dirección del Partido Revolucionario Dominicano.

El clímax de la ruptura del gobierno del ex-presidente Salvador Jorge Blanco con las clases populares se produce con la aplicación de su política económica, basada en los acuerdos con el Fondo Monetario Internacional. En dos días, el gobierno reprime drásticamente a los sectores populares, provocando más de un centenar de muertos, para sofocar lo que se ha denominado «la revuelta de abril de 1984».

Hacia el final de su gestión de gobierno, el ex-presidente Jorge Blanco terminó presentando fuertes rasgos de autoritarismo, basados en una legitimidad construida fuera del marco democrático, que evidenciaba una articulación reducida con la sociedad ³.

Es dentro de este contexto que el Partido Revolucionario Dominicano llega a las elecciones de 1986, presentando una gran fragilidad en su tradicional hegemonía política.

Los principales factores del desgaste político del PRD pueden situarse, en primer lugar, en el hecho de que desde el poder otorgó grandes concesiones a los grupos económicos, perdiendo de este modo su autonomía como «clase política»; en segundo lugar, experimentó una pérdida progresiva de su base social tradicional, las masas populares urbanas; en tercer lugar, el liderazgo carismático de José Francisco Peña Gómez se fue erosionando procesualmente, agotándose su capacidad de mediador de la clase popular, lo cual se profundiza con su identificación con el go-

³ Como un simple dato real, pero que también pudiera formar parte de la literatura de ficción latinoamericana, el ex-presidente Antonio Guzmán se suicidó en pleno ejercicio del poder, y el ex-presidente Jorge Blanco, que le sucedió, terminó asilándose en una embajada extranjera, para escapar a las persecuciones de la justicia dominicana, bajo la acusación de corrupción con los fondos del Estado.

bierno del ex-presidente Jorge Blanco, por lo que pierde toda vigencia como factor que tradicionalmente había garantizado la unidad y cohesión en el interior del partido; y por último, el partido deviene en una organización archipiélago, carente de dirección política. Llegando al extremo de que el candidato oficial del partido, en las elecciones de 1986, señalara que había perdido: «por una conspiración dirigida y materializada por sectores de su propio partido»⁴.

Esta crisis del Partido Revolucionario Dominicano repercute y debilita profundamente a todo el sistema político dominicano, ya que expresa el agotamiento de una de las posibilidades más relevantes que han tenido las clases populares para expresar sus reivindicaciones y sus demandas políticas. Es por esto que la crisis no puede leerse de un modo simplista y mecánico; no es sólo la crisis de un partido, sino también la expresión de las debilidades históricas de la sociedad en su conjunto para constituir formas de mediación política.

El caso Balaguer

La otra lógica importante que entra en crisis con la coyuntura política que se abre en las elecciones de 1986, es la que tiene su fundamento en una concepción iluminista de la política, que ha personalizado el liderazgo tradicional del presidente Joaquín Balaguer. Esta crisis representa el ocaso de los hombres providenciales en la política dominicana, la cual repercute también sobre otros liderazgos tradicionales existentes que, aunque con algunas variaciones, se han conformado de un modo similar en la sociedad dominicana.

Balaguer, quien se ha considerado a sí mismo en varias ocasiones como «un instrumento del destino», ha desarrollado una concepción de la política que prioriza «el gobierno de los hombres» sobre «el gobierno de las leyes»⁵. Esta visión mesiánica,

⁴ El Lic. Jacobo Majluta, candidato del Partido Revolucionario Dominicano, perdió las elecciones en 1986 por un reducido margen de 40 mil votos, resultando ganador el presidente Joaquín Balaguer.

⁵ En su discurso de juramentación del 16 de agosto de 1986, el presidente Balaguer reiteró el criterio de que «la primera ley de todos los imperios es la ley de la necesidad». En 1966 se había referido a la Constitución afirmando que «no era más que un pedazo de papel». Esta concepción constituye una matriz básica para entender el pensamiento político de Joaquín Balaguer, el cual comenzó a desarrollarse desde que fue un importante colaborador de la dictadura de Trujillo. En este sentido, refirió: «No puede, en sana lógica, asegurarse... que el gobierno de Trujillo sea un gobierno dictatorial del tipo de los que aquí existieron hasta la intervención americana. No es, en realidad, si nos decidimos a llamar las cosas por su nombre, ni una democracia ni una dictadura. No es democracia, por el estilo de la que se preconiza en los textos de Derecho constitucional, porque aquí hay uno solo que manda y dos millones que permanecen sometidos a su voluntad cesárea; no es tampoco una dictadura, porque aquí se disfruta de todas las libertades, menos de la de subvertir el orden y la de conspirar contra las instituciones. Hemos renunciado en buen grado a ciertos derechos, como el de injuriar libremente al Jefe del Estado, y como el de erigir la anarquía en norma de nuestra vida política, para hacer posible la existencia de un régimen humano... que se funda en la igualdad de todos». Ba-

que ha sido la base de su hegemonía política, se articula con un «sentido de orden» que se antepone al caos generalizado, obra natural de «un destino azaroso» de la sociedad dominicana o de sus adversarios políticos.

Por una complejidad y variedad de factores relacionados con la transformación y diversidad de la sociedad dominicana actual, el presidente Balaguer no ha podido restablecer su tradicional forma hegemónica sobre la base de la noción de orden.

El liderazgo político del presidente Joaquín Balaguer resurge fundamentalmente por el peso que tiene sobre la conciencia colectiva como depositario de un saber estatal acumulado, que emerge del pasado frente a la crisis actual de las alternativas políticas y, principalmente, como respuesta al deterioro del proceso de transición democrática iniciado en 1978 con el ascenso del Partido Revolucionario Dominicano al poder.

Balaguer expresa una imagen contradictoria; por una parte, es portador de los valores más tradicionales de la sociedad dominicana y, por otra, ha sido su gran «modernizador». Su gobierno de los «doce años» constituyó el proceso de transformación del Estado y la sociedad dominicana; se amplió la capacidad de cohesión y centralización del aparato político; se desarrolló la base social y económica de la clase dominante, así como neutralizó a las clases populares desde una perspectiva de integración y subordinación al sistema político. En síntesis, representó una mediación política autoritaria, carismática, caudillista, no institucional y articulada a una forma de legitimación que ha tenido su base social en las clases populares del campo.

En las elecciones de mayo de 1986, Balaguer retorna de nuevo como el candidato triunfador, aunque en esta ocasión no llega al poder cargado de promesas y expectativas, pero sí arrastrando toda una tradición basada en un profundo conocimiento del manejo de los asuntos públicos y de la política dominicana, en sentido general. Este retorno al poder representa la incapacidad de toda una sociedad carente de perspectivas inmediatas; de ahí que su única alternativa reside en la restauración de un pasado que conoce, frente a lo nuevo y al futuro sin sentido histórico. Es en este orden que cobra vigencia la perspectiva de Weber, cuando en sus escritos políticos se refiere a los liderazgos, planteando que «en tiempo de crisis de las instituciones, emergen los liderazgos personales».

Sin perspectivas

En los dos años que tiene el actual gobierno del presidente Balaguer, no se han creado perspectivas para superar la profunda crisis económica y social que afecta a la sociedad dominicana.

En un momento en que la sociedad necesitaba y demandaba un proceso de institucionalización que abriera paso a una reforma política, Balaguer sigue impregnando con su sello personal todas sus acciones políticas, al mismo tiempo que refuerza su concepción iluminista de la política. Su principal tarea se ha concentrado en la creación de las condiciones que - a su juicio le permitirán el ingreso en las «páginas de la historia». En este sentido, ha dejado de ser el tradicional mediador estatal que en los momentos de crisis se impone frente a las clases sociales. En la actualidad, su único propósito reside en materializar su gran proyecto personal, a través de un ambicioso plan de inversiones públicas, basado en una concepción faraónica, que se fundamenta en la construcción de obras no reproductivas⁶.

La legitimidad política del presidente Balaguer se ha reducido al «interés particular», no en un sentido corporativo, sino en un sentido personal, dejando de representar así el «interés general» del Estado. La clase dominante no se siente representada políticamente y las clases populares no se encuentran articuladas a través de formas materiales ni mecanismos de mediación con el poder.

La política fiscal y monetaria del Estado se encuentran subordinadas al proyecto personal del presidente. Se recurre a una política que cada día grava más a la población con impuestos directos, para obtener recursos inmediatos con que satisfacer su política de construcciones públicas, la cual tiene un alto componente de productos importados, que presionan fuertemente la tasa de cambio con respecto al dólar, produciendo una devaluación indirecta y una inflación galopante, que ha afectado fuertemente a la sociedad y, en sentido particular, a las clases populares.

Los principales servicios públicos: energía eléctrica, transporte, agua potable y salud se han deteriorado, sin que el gobierno ofrezca todavía una solución racional y eficaz para estos graves problemas nacionales.

El gobierno actual había iniciado una amplia política contra la corrupción, que le había conferido una importante legitimación política, a pesar de los graves proble-

⁶Para solo mencionar una de estas obras: El Faro a Colón, cuyo costo es calculado en más de 500 millones de pesos.

mas económicos y sociales que afectan a la sociedad. La profundización de esta política inicial llegó hasta el sometimiento a juicio del ex-presidente Jorge Blanco y sus principales colaboradores, bajo la acusación de corrupción y malversación de fondos públicos.

La crisis de legitimación de su gobierno, ha colocado a Balaguer en la necesidad de entrar en un proceso transaccional, con la finalidad de neutralizar las acciones y críticas que pudieran realizar los sectores del Partido Revolucionario Dominicano, controlados por el ex-presidente Jorge Blanco y por José Francisco Peña Gómez. Con esta situación se desvanece una vez más la expectativa de institucionalizar procesos judiciales contra la corrupción pública.

De ningún modo la crisis del presente gobierno puede atribuirse a los problemas de salud del presidente Balaguer. Por el contrario, el presidente ha dado muestras de que posee una verdadera «venta transparente», su problema de la visión no le ha impedido todavía ejercer el poder.

La crisis del gobierno hay que situarla fundamentalmente en la imposibilidad que ha tenido el presidente Balaguer de armonizar su proyecto personal con las posibilidades económicas del Estado, y la multiplicidad y variedad de las demandas de la sociedad dominicana actual.

A pesar de la magnitud de la crisis de legitimidad del gobierno, el sistema de partidos políticos no ha desarrollado una verdadera oposición frente a éste. El Partido Revolucionario Dominicano, inmerso en un profundo proceso de pugnas y divisiones internas, no ha podido despegar políticamente desde las elecciones de 1986. El Partido de la Liberación Dominicana y su líder, el ex-presidente Juan Bosch, han reiterado su lógica de reservar el enfrentamiento con el gobierno únicamente para los períodos electorales.

La existencia de un gobierno prácticamente sin oposición revela el grado de crisis en que se encuentra el sistema político dominicano. La sociedad carece de mediaciones políticas para expresar sus demandas frente a la centralización del poder y un sistema de relaciones verticales entre el Ejecutivo y los líderes de los partidos tradicionales, que excluye cualquier posibilidad de crítica que no venga canalizada de ese modo.

Bosch y Peña Gómez

El otro liderazgo tradicional que ha gravitado fuertemente sobre el sistema político es el del ex-presidente Juan Bosch. Este ha sido el líder político que más se ha acercado al sentido común de las masas, a las cuales fascinó con su forma de comunicación política para incorporarlas a la vida pública en los inicios de los años 60.

Bosch desconfía plenamente de las masas, se articula a éstas de un modo vertical, y fundamentalmente en los procesos electorales. Es portador de una visión instrumentalista y tecnocrática del Estado, que niega el carácter complejo de la democracia. No leninista, pero creador del único partido leninista en la sociedad dominicana en el sentido estricto del ¿Qué Hacer?: el Partido de la Liberación Dominicana.

Dentro del actual ocaso de los partidos políticos y de las instituciones públicas, el liderazgo de Juan Bosch aparentemente se ha fortalecido. El Partido de la Liberación Dominicana con una votación de 1,1 por ciento del electorado en 1978, ha pasado a ocupar el 18,4 por ciento en 1986.

No obstante este crecimiento, el PLD presenta grandes limitaciones para convertirse en una opción real de poder. En primer lugar, los sectores económicos, los militares y EE.UU. tradicionalmente han visto en Bosch y su partido una amenaza para sus intereses; en segundo lugar, Bosch tiene una concepción instrumentalista de la democracia, la cual es vista como farsa o engaño, siendo lo determinante en toda su estrategia política la capacidad de maniobra personal en cada coyuntura política, por lo que niega la necesidad de que su partido tenga un programa y una estrategia definida; y en tercer lugar, subestima el papel político de las masas populares; sólo se articula a éstas cuando el Partido tiene pleno control, manteniendo un sistema de relaciones verticales con la sociedad: relaciones partido-sindicato y partido-parlamento.

Por último, existe un liderazgo que en términos de edad es mucho más joven que los dos anteriores, pero que presenta una línea de continuidad con sus antecesores tradicionales: el de José Francisco Peña Gómez, quien en una ocasión fue considerado «el líder máximo» del Partido Revolucionario Dominicano.

Peña Gómez siempre se ha mantenido apegado a la real politik, modificando constantemente sus principios y sus posiciones políticas. Con un liderazgo basado fundamentalmente en una vigencia plesbicitaria que fascinaba a las masas y las convocaba en los momentos de crisis política. Portador de valores patriarcales premoder-

nos, que refuerzan los elementos negativos del sentido común dominicano, como son: el azar, el destino, La religiosidad tradicional - su libro más leído - y la religiosidad popular, que proviene de sus poderes «sobrenaturales».

No obstante que José Francisco Peña Gómez es vicepresidente de la Internacional Socialista para América Latina, se considera en algunos círculos que no ha sido capaz de proyectar la ideología socialdemócrata en su propio partido, ni mucho menos a la sociedad, instrumentalizando esta relación como fuente de poder y prestigio personal. Este proceso de desgaste se ha profundizado también por su estrecha vinculación al gobierno del ex-presidente Salvador Jorge Blanco, con quien ha solidarizado públicamente frente a las acusaciones de corrupción y malversación de fondos públicos.

Las aspiraciones presidenciales de José Francisco Peña Gómez y la crisis interna de su partido lo han obligado a conformar su propio grupo, agudizando la división interna de su organización, debilitándola y neutralizándola, hasta el punto de que no ha podido desarrollar una estrategia política sistemática desde las elecciones de 1986.

Este proceso de crisis del sistema de partidos ha traído como consecuencia una separación cada vez más acentuada entre la dirigencia política tradicional y el movimiento social, ya que ésta se mantiene al margen de las demandas sociales, ni tampoco ofrece perspectivas a largo plazo.

Máscaras

El sistema político dominicano ha perdido su capacidad de alternancia; se han diluido las diferencias entre los distintos partidos, no obstante que las dos organizaciones políticas principales se encuentran adscritas, una a la democracia cristiana y la otra a la social democracia internacional. Estas ideologías únicamente han servido como máscaras que cubren el rostro de la determinación personal y la no institucionalización de los procesos democráticos en el interior de estos partidos.

Este proceso revela la gran incapacidad del sistema político para trascender la personalización y desarrollar alternativas que sirvan como base de sustentación de los principios y estrategias de los distintos partidos. Esta situación ha devenido en una gran obstrucción para el desarrollo del proceso democrático, ya que, como muy bien ha expresado Norberto Bobbio, en su libro *El Futuro de la Democracia*: «las afinidades ideológicas determinan la constitución y cohesión de grupos y partidos.

El pluralismo político será un dato clave del Estado liberal democrático y, a su vez, las diferencias ideológicas uno de los soportes de su funcionamiento».

La desideologización y la homogenización de la política dominicana actual ha traído un proceso de fragmentación y atomización, que imposibilita cada vez más la conformación de una voluntad colectiva. La vida pública se ha reducido considerablemente; la política se ha constituido en mero espectáculo, propiciando el clientelismo político y un sistema de «lealtades» como única forma de participación y de constitución de la relación partido-sociedad.

No obstante que existe un «sentimiento» (voluntad no organizada) en la sociedad dominicana de preservar el espacio democrático actual, aun con todas sus limitaciones y debilidades, no existen sujetos políticos capaces de asumir una reforma política encaminada a institucionalizar el proceso democrático.

Los movimientos sociales

En los últimos años ha comenzado a emerger una nueva forma de organización política: los movimientos sociales urbanos, los cuales, en determinados momentos puntuales y coyunturales, saltan a la vida pública para expresar sus demandas y reivindicaciones. Como por ejemplo, en la huelga nacional que paralizó al país el 28 de junio de 1987, no obstante haber tenido ésta la oposición de las fuerzas dominantes del sistema político, los partidos políticos tradicionales, la izquierda, la Iglesia, las centrales sindicales y los medios de opinión pública.

Esta censura, por parte del sistema político tradicional, a los movimientos sociales urbanos está relacionada con su modalidad y el carácter «espontáneo y no-organizado» de las nuevas formas de participación. Se trata de ocultar el espejo que traduce y evidencia la crisis de los partidos políticos, en su incapacidad de canalizar las demandas fundamentales de la sociedad dominicana actual pues, como señala Norbert Lechner, cuando sitúa las nuevas características de los partidos parlamentarios: «La representación ya no descansa en el principio de la voluntad general; su referencia es la maximización de votos y, a partir del resultado electoral, la negociación entre los partidos»⁷.

Ahora bien, de ningún modo se puede sobreestimar el carácter de estos nuevos movimientos sociales, lo cual tampoco implica subestimar su capacidad como sujetos políticos potenciales. Su determinación y presencia en el sistema político se en-

⁷Lechner, Norbert: «¿Qué significa hacer política?», Desco, Lima, 1982.

cuentra delimitada por la necesidad de construir una hegemonía política, que le permita trascender su disgregación y su estrechez coyuntural.

Fuertes tendencias operan sobre los movimientos sociales urbanos, como real obstrucción para la conformación de su autonomía política. En primer término, se encuentra la fuerte influencia de los grupos religiosos que inciden en su interior, impregnándole a sus acciones y formas de lucha un carácter «testimonial», el cual sustituye y deja de lado toda relación con el Estado; en segundo término, podrían ser objeto de una instrumentalización por parte de la izquierda, que actualmente se encuentra en un fuerte proceso de crisis, colocada al borde de su desaparición política, por lo que por sí misma carece de posibilidades para conformar una hegemonía hacia la sociedad y, por último, existe la posibilidad de que estos movimientos queden atrapados en el clientelismo de los partidos tradicionales.

Como se ha señalado, «el movimiento popular sintetiza hoy particularidades propias de la historia de los grupos subalternos dominicanos. Una historia en que la fragilidad de los partidos se continúa y se refuerza en la fragilidad de los sindicatos». La debilidad constructiva del campo popular «procede de una dispersión y de particularismos sociales persistentes, en una extrema indecisión cultural y organizativa, que confiere una connotación peculiar a la 'disgregada y episódica' historia de los grupos subalternos»⁸.

Todo parece indicar que si no se desarrolla una conciencia ciudadana, que desde la propia sociedad asuma la tarea de producir una reforma de la tradicional vida pública dominicana, el azar y el destino seguirán formando parte importante del quehacer político, bloqueando y postergando la institucionalización y el desarrollo de un proceso político más transparente.

Vivimos un tiempo caracterizado por el fin de las utopías, nuestros sueños se han desvanecido ante una realidad que nos despierta como pesadillas. No hay paradigma, ni gurúes que puedan señalarnos el camino; parece que ha llegado el momento de asumir un pragmatismo creativo, que sepa trascender la simple racionalización de lo existente, como también el teleologismo de los paraísos futuros. ¿No nos quedará otra alternativa que el reto de la incertidumbre?

⁸Ianni, Vanna: «Escenarios y Actor Popular. Un estudio de Coyuntura, República Dominicana, 1984-1987», Estudio Social, N° 69, Santo Domingo, 1987, p. 25.

Referencias

- *Balaguer, Joaquín, LA VENDA TRANSPARENTE. - Impresora Dominicana. 1952; Escenarios y Actor Popular. Un estudio de Coyuntura, República Dominicana, 1984-1987.
- *Balaguer, Joaquín, EL PRINCIPIO DE LA ALTERNABILIDAD EN LA HISTORIA DOMINICANA. p1718 - Lima, Perú, Desco. 1982;
- *Lechner, Norbert, ¿ QUE SIGNIFICA HACER POLITICA ? - Santo Domingo, República Dominicana. 1987;
- *Ianni, Vanna, ESTUDIO SOCIAL. 69. p25 -